

Luego desbasta, afila y acicala,  
Y por espada de Tomás de Ayala  
Al pobre forastero, que no entiende  
De semejantes compras, se lo vende;  
Siendo tan picaron el espadero,  
Como fue ignoranton el posadero.  
Mas ¿de igual ignorancia ó picardía  
Nuestra nacion quejarse no podría  
Contra los traductores de dos clases,  
Que infestada la tienen con sus frases?  
Unos traducen obras celebradas,  
Y en asadores vuelven las espadas;  
Otros hay que traducen las peores,  
Y venden por espadas asadores.

XLV.

(En romance octoslabo.)

LOS CUATRO LISIADOS.

Un mudo à nativitate,  
Y mas sordo que una tapia,  
Vino á tratar con un ciego  
Cosas de poca importancia.  
Hablaba el ciego por señas,  
Que para el mudo eran claras;  
Mas hizole otras el mudo,  
Y él á obscuras se quedaba.  
En este apuro, trajeron,  
Para que los ayudára,  
A un camarada de entrambos,  
Que era manco por desgracia.  
Este las señas del mudo  
Trasladaba con palabras,  
Y por aquel medio el ciego  
Del negocio se enteraba.  
Por último resultó,  
De conferencia tan rara,  
Que era preciso escribir  
Sobre el asunto una carta.  
«Compañeros, saltó el Manco,  
Mi auxilio á tanto no alcanza;  
Pero á escribirla vendrá  
El dómine, si le llaman.»

«¿Qué ha de venir (dijo el Ciego),  
Si es cojo, que apenas anda?  
Vamos, será menester  
Ir á buscarle á su casa.»  
Así lo hicieron; y al fin  
El Cojo escribe la carta;  
Dictanla el Ciego y el Manco,  
Y el Mudo parte á llevarla.  
Para el consabido asunto  
Con dos personas sobra;  
Mas como eran ellas tales,  
Cuatro fueron necesarias.  
Y á no ser porque há tan poco  
Que en un lugar de la Alcarria  
Acaeció esta aventura,  
Testigos mas de cien almas,  
Bien pudiera sospecharse  
Que estaba adrede inventada  
Por alguno que con ella  
Quiso pintar lo que pasa  
Cuando, juntándose muchos  
En pandilla literaria,  
Tienen que trabajar todos  
Para una gran patarata.

XLVI.

(En silva.)

EL POLLO Y LOS DOS GALLOS.

Un gallo, presumido  
De luchador valiente,  
Y un Pollo algo crecido,  
No sé por qué accidente  
Tuvieron sus palabras, de manera  
Que armaron una brava pelotera.  
Dióse el Pollo tal maña,  
Que sacudió á mi Gallo lindamente  
Quedando ya por suya la campaña.  
Y el vencido sultan de aquel serrallo  
Dijo, cuando el contrario no lo oía:  
«Eh! con el tiempo no será mal Gallo;  
El pobrecillo es mozo todavía.»

Jamás volvió á meterse con el Pollo  
Mas en otra ocasion, por cierto embrollo,  
Teniendo un choque con un Gallo anciano,  
Guerrero veterano,  
Apenas le quedó pluma, ni cresta;  
Y dijo al retirarse de la fiesta:  
«Si no mirara que es un pobre viejo,  
Pero chochea, y por piedad le dejo.»  
Quien se meta en contienda  
Verbi-gracia de asunto literario,  
A los años no atienda,  
Sino á la habilidad de su adversario.

XLVI.

(En romancillo de versos de cuatro sílabas.)

LA URRACA Y LA MONA.

A una Mona  
Muy taimada  
Dijo un día  
Cierta Urraca:  
Si vinieras  
A mi estancia,  
¡Cuántas cosas  
Te enseñára!  
Tú bien sabes  
Con qué maña  
Robo y guardo  
Mil alhajas.  
Ven, si quieres,  
Y veráslas  
Escondidas  
Trás de un arca  
La otra dijo:  
Vaya en gracia;  
Y al paraje  
La acompaña.  
Fue sacando  
Doña Urraca  
Una liga  
Colorada,  
Un tontillo  
De casaca.

Una hebilla,  
Dos medallas,  
La contera  
De una espada,  
Medio peine,  
Y una vaina  
De ijeras;  
Una gasa,  
Un mal cabo  
De navaja,  
Tres clavijas  
De guitarra,  
Y otras muchas  
Zarandajas.  
¿Qué tal? dijo;  
Vaya, hermana;  
¿No me envidia?  
¿No se pasma?  
A fe que otra  
De mi casta  
En riqueza  
No me iguala.  
Nuestra Mona  
La miraba  
Con un gesto  
De bellaca;  
Y al fin dijo:  
Patarata!  
Has juntado  
Lindas mantas.  
Aquí tienes  
Quien te gana,  
Porque es útil  
Lo que guarda.  
Si no, mira  
Mis quijadas.  
Bajo de ellas,  
Camarada,  
Hay dos buches  
Ó papadas,  
Que se encogen  
Y se ensanchan.  
Como aquello  
Que me basta,  
Y el sobrante  
Guardo en ambas.

Para cuando  
Me haga falta.  
Tú amontonas,  
Mentecata,  
Trapos viejos  
Y morralla;  
Mas yo, nueces,  
Avellanas,  
Dulces, carne,  
Y otras cuantas  
Provisiones  
Necesarias.  
¿Y esta Mona  
Redomada  
Habló solo  
Con la Urraca?  
Me parece  
Que más habla  
Con algunos,  
Que hacen gala  
De confusas  
Misceláneas  
Y farrágo  
Sin substancia.

XLVIII.

(En silva.)

EL RUISEÑOR Y EL GORRIÓN.

Siguiendo el son del organillo un día,  
Tomaba el Ruiseñor lección de canto,  
Y á la jaula llegándose entre tanto  
El Gorrion parlero, así decía:  
¡Cuánto me maravillo  
De ver que de ese modo  
Un pájaro tan diestro  
Á un discípulo tiene por maestro!  
Porque al fin lo que sabe el organillo  
Á tí lo debe todo.  
Á pesar de eso (el Ruiseñor replica),  
Si él aprendió de mí, yo de él aprendo.  
Á imitar mis caprichos él se aplica;

Yo los voy corrigiendo  
Con arreglarme al arte que él enseña,  
Y así pronto verás lo que adelanta  
Un Ruiseñor que con escuela canta.  
¿De aprender se desdenea  
El literato grave?  
Pues más debe estudiar el que más sabe.

XLIX.

(En endechas reales.)

EL JARDINERO Y SU AMO.

En un jardín de flores  
Había una gran fuente,  
Cuyo pilón servía  
De estanque á carpas, tencas y otros peces.  
Únicamente al riego  
El jardinero atiende,  
De modo que entre tanto  
Los peces agua en que vivir no tienen.  
Viendo tal desgobierno,  
Su amo le reprende,  
Pues aunque quiere flores,  
Regalarse con peces también quiere.  
Y el rudo jardinero  
Tan puntual le obedece,  
Que las plantas no riega  
Para que el agua del pilón no merme.  
Al cabo de algún tiempo  
El amo al jardín vuelve,  
Halla secas las flores,  
Y, amostazado, dice de esta suerte:  
Hombre, no riegues tanto,  
Que me quede sin peces;  
Ni cuides tanto de ellos,  
Que sin flores, gran bárbaro, me dejes  
La máxima es trillada,  
Mas repetirse debe;  
No escriba quien no sepa  
Unir la utilidad con el deleite.

(En octavas de verso octoslabo.)

## LOS DOS TORDOS.

Persuadía un tordo abuelo,  
 Lleno de años y prudencia,  
 Á un tordo su nietezuelo,  
 Mozo de poca experiencia,  
 Á que, acelerando el vuelo,  
 Viniese con preferencia  
 Hacia una poblada viña  
 É hiciese allí su rapiña.  
 ¿Esa viña dónde está?  
 (Le pregunta el mozalbete)  
 ¿Y qué fruto es el que da?  
 —Hoy te espera un gran banquete  
 (Dice el viejo), ven acá;  
 Aprende á vivir, pobrete.  
 Y no bien lo dijo, cuando  
 Las uvas le fué enseñando.  
 Al verlas saltó el rapaz:  
 ¿Y esta es la fruta alabada  
 De un pajarito tan sagaz?  
 ¿Qué chica! ¿qué desmedrada!  
 ¿Ea, vaya! es incapaz  
 Que eso pueda valer nada.  
 Yo tengo fruta mayor  
 En una huerta, y mejor.  
 Veamos, dijo el anciano:  
 Aunque sé que más valdra  
 De mis uvas solo un grano.  
 Á la huerta llegan ya;  
 Y el jóven exclama ufano:  
 ¿Qué fruta! ¿qué gorda está!  
 ¿No tiene excelente traza?...  
 ¿Y qué era?... Una calabaza.  
 Que un tordo en aqueste engaño  
 Caiga, no lo dificulto;  
 Pero es mucho mas extraño  
 Que hombre tenido por culto  
 Aprecie por el tamaño  
 Los libros y por el bulto.  
 Grande es, si es buena, una obra;  
 Si es mala, toda ella sobra.

(En liras de seis versos.)

## EL FABRICANTE DE GALONES Y LA ENCAJERA.

Cerca de una Encajera  
 Vivía un Fabricante de galones.  
 «Vecina, ¿quién creyera  
 (Le dijo) que valiesen mas doblones  
 De tu encaje tres varas,  
 Que diez de un galon de oro de dos caras!»  
 «De que á tu mercancía  
 (Esto es lo que ella respondió al vecino)  
 Tanto exceda la mía,  
 Aunque en oro trabajas, y yo en lino.  
 No debes admirarte,  
 Pues más que la materia vale el arte.»  
 Quien desprecie el estilo,  
 Y diga que á las cosas sólo atiende,  
 Advierta que si el hilo  
 Mas que el noble metal caro se vende,  
 Tambien da la elegancia  
 Su principal valor á la substancia.

(En endechas reales con consonantes.)

## EL CAZADOR Y EL HURON.

Cargado de conejos,  
 Y muerto de calor,  
 Una tarde de lejos  
 Á su casa volvía un Cazador.  
 Encontró en el camino,  
 Muy cerca del lugar,  
 Á un amigo y vecino,  
 Y su fortuna le empezó á contar.  
 Me afané todo el día  
 (Le dijo); pero ¿qué!  
 Si mejor cacería  
 No la he logrado, ni la lograre.

Desde por la mañana  
 Es cierto que sufrí  
 Una buena solana;  
 Mas mira qué gazapos traigo aquí.  
 Te digo y te repito,  
 Fuera de vanidad,  
 Que en todo este distrito  
 No hay cazador de mas habilidad.  
 Con el oído atento  
 Escuchaba un Huron  
 Este razonamiento,  
 Desde el corcho en que tiene su mansjon.  
 Y el puntiagudo hocico  
 Sacando por la red,  
 Dijo á su amo: « Suplico  
 Dos palabritas, con perdon de usted,  
 »Vaya, ¿cuál de nosotros  
 Fue el que más trabajó?  
 ¿Esos gazapos y otros,  
 Quién se los ha cazado sino yo?  
 »Patron! ¿tan poco valgo,  
 Que me tratan así?  
 Me parece que en algo  
 Bien se pudiera hacer mencion de mí.»  
 Cualquiera pensaria  
 Que este aviso moral  
 Seguramente haria  
 Al cazador gran fuerza; pues no hay tal.  
 Se quedó tan sereno  
 Como ingrato escritor  
 Que del auxilio ajeno  
 Se aprovecha, y no cita al bienhechor.

LIII.

(En octavas endecasílabas.)

EL GALLO, EL CERDO, Y EL CORDERO.

Habia en un corral un gallinero:  
 En este gallinero un Gallo habia;  
 Y detrás del corral, en un chiquero,  
 Un Marrano gordísimo yacia.  
 item más, se criaba allí un Cordero,

Todos ellos en buena compañía;  
 Y ¿quién ignora que estos animales  
 Juntos suelen vivir en los corrales?  
 Pues (con perdon de ustedes) el Cochino  
 Dijo un día al Cordero: « ¿Qué agradable,  
 Qué feliz, qué pacífico destino  
 Es el poder dormir! ¿Qué saludable!  
 Yo te aseguro, como soy gorrino,  
 Que no hay, en esta vida miserable,  
 Gusto como tenderse á la bartola,  
 Roncar bien, y dejar rodar la bola.

El Gallo por su parte al tal Cordero  
 Dijo en otra ocasion: « Mira, inocente,  
 Para estar sano, para andar ligero,  
 Es menester dormir muy parcamente.  
 El madrugar en julio ú en febrero,  
 Con estrellas, es método prudente,  
 Porque el sueño entorpece los sentidos,  
 Deja los cuerpos flojos y abatidos.

Confuso, ambos dictámenes coteja  
 El simple Corderillo, y no adivina  
 Que lo que cada uno le aconseja  
 No es más que aquello mismo á que se inclina.  
 Acá entre los autores ya es muy vieja  
 La trampa de sentar como doctrina  
 Y gran regla, á la cual nos sujetamos,  
 Lo que en nuestros escritos practicamos.

LIV.

(En décimas.)

EL PEDERNAL Y EL ESLABON.

Al eslabon de cruel  
 Trató el pedernal un día,  
 Porque á menudo le heria  
 Para sacar chispas de él.  
 Riñendo este con aquel,  
 Al separarse los dos,  
 Quedaos, dijo, con Dios.  
 ¿Valeis vos algo sin mí?  
 Y el otro responde: sí,  
 Lo que sin mí valeis vos.

Este ejemplo material  
Todo escritor considere,  
Que el largo estudio no uniere  
Al talento natural.  
Ni da lumbré el pedernal  
Sin auxilio de eslabon,  
Ni hay buena disposicion  
Que luzca faltando el arte.  
Si obra cada cual aparte,  
Ambos inútiles son.

LV.

(En silva.)

EL JUEZ Y EL BANDOLERO.

Prendieron por fortuna á un Bandolero,  
A tiempo cabalmente  
Que de vida y dinero  
Estaba despojando á un inocente.  
Hizole cargo el Juez de su delito;  
Y él respondió: « Señor, desde chiquito  
Fui gato algo feliz en raterías;  
Luego hebillas, relojes, capas, cajas,  
Espadines robé, y otras alhajas;  
Después, ya entrado en días,  
Escalé casas; y hoy, entre asesinos,  
Soy salteador famoso de caminos.  
Con que vueseñoría no se espante  
De que yo robe y mate á un caminante;  
Porque este y otros daños  
Los he estado yo haciendo cuarenta años.  
¿ Al Bandolero culpan?  
Pues ¿ por ventura dan mejor salida  
Los que cuando disculpan  
En las letras su error ó su mal gusto,  
Alegan la costumbre envejecida  
Contra el dictámen racional y justo?

LVI.

(En endecasílabos con acento en la 4.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup> sílabas, y pié quebrado.)

LA CRIADA Y LA ESCOBA.

Cierta Criada la casa barria  
Con una Escoba muy puerca y muy vieja.  
Reniego yo de la Escoba (decia);  
Con su basura, y pedazos que deja  
Por donde pasa,  
Aún mas ensúcia, que limpia la casa.  
Los remendones, que escritos ajenos  
Corregir piensan, acaso de errores  
Suelen dejarlos diez veces mas llenos.  
Mas no haya miedo que de estos señores  
Diga yo nada;  
Que se lo diga por mí la Criada.

LVII.

(En romancillo de versos de cinco sílabas.)

EL NATURALISTA Y LAS LAGARTIJAS.

Vió en una huerta  
Dos Lagartijas  
Cierto curioso  
Naturalista.  
Cógelas ambas,  
Y á toda prisa  
Quiere hacer de ellas  
Anatomía.  
Ya me ha pillado  
La mas rolliza;  
Miembro por miembro  
Ya me la trincha,  
El microscopio  
Luego le aplica.  
Patatas y cola,  
Pellejo y tripas;  
Ojos y cuello,  
Lomo y barriga,  
Todo lo aparta

Y lo examina;  
Toma la pluma,  
De nuevo mira,  
Escribe un poco,  
Recapacita.  
Sus mamotretos  
Después registra;  
Vuelve á la propia  
Carnicería.  
Varios curiosos  
De su pandilla  
Entran á verle:  
Dales noticia  
De lo que observa;  
Unos se admiran,  
Otros preguntan,  
Otros cavilan.  
Finalizada  
La anatomía,  
Cansóse el sabio  
De Lagartija.  
Soltó la otra,  
Que estaba viva.  
Ella se vuelve  
A sus rendijas,  
En donde hablando  
Con sus vecinas,  
Todo el suceso  
Les participa.  
No hay que dudarlo,  
No (les decía);  
Con estos ojos  
Lo ví yo misma.  
Se ha estado el hombre  
Todito un día  
Mirando el cuerpo  
De nuestra amiga.  
¿Y hay quién nos trate  
De sabandijas?  
¿Cómo se sufre  
Tal injusticia,  
Cuando tenemos  
Cosas tan dignas  
De contemplarse  
Y andar escritas?  
No hay que abatirse,

Nonle cuadrilla!  
Valemos mucho,  
Por más que digan.  
; Y querrán luego  
Que no se engrían  
Ciertos autores  
De obras inicuas!  
Les honra mucho  
Quien los critica.  
No seriamente,  
Muy por encima,  
Deben notarse  
Sus tonterías;  
Que hacer gran caso  
De Lagartijas,  
Es dar motivo  
De que repitan:  
Valemos mucho,  
Por más que digan!

LVIII.

(En endecasílabos sueltos.)

LA DISCORDIA DE LOS RELOJES.

Convidados estaban á un banquete  
Diferentes amigos, y uno de ellos,  
Que, faltando á la hora señalada,  
Llegó después de todos, pretendia  
Disculpar su tardanza. ¿Qué disculpa  
Nos podrás alegar? (le replicaron).  
Él sacó su reloj, mostrólo, y dijo:  
¿No ven ustedes como vengo á tiempo?  
Las dos en punto son.—¿Qué disparate!  
(Le respondieron); tu reloj atrasa  
Más de tres cuartos de hora.—Pero, amigos!  
(Exclamaba el tardío convidado)  
¿Qué mas puedo yo hacer que dar el texto?  
Aquí está mi reloj... Note el curioso  
Que era este señor mio como algunos  
Que un absurdo cometen, y se excusan  
Con la primera autoridad que encuentran.  
Pues, como iba diciendo de mi cuento,  
Todos los circunstantes empezaron

A sacar sus relojes en apoyo  
De la verdad. Entonces advirtieron  
Que uno tenía el cuarto, otro la media,  
Otro las dos y treinta y seis minutos,  
Este catorce más, aquel diez menos:  
No hubo dos que conformes estuvieran.  
En fin, todo eran dudas y cuestiones.  
Pero á la Astronomía cabalmente  
Era el amo de casa aficionado;  
Y consultando luego su infalible,  
Arreglado á una exacta meridiana,  
Halló que eran las tres y dos minutos,  
Con lo cual puso fin á la contienda,  
Y concluyó diciendo: «Caballeros!  
Si contra la verdad piensan que vale  
Citar autoridades y opiniones,  
Para todo las hay; mas por fortuna,  
Ellas pueden ser muchas, y ella es una.»

LIX.

(En endechas de siete sílabas.)

EL TOPO Y OTROS ANIMALES.

Ciertos animalitos,  
Todos de cuatro piés,  
A la gallina ciega  
Jugaban una vez.  
Un Perrillo, una Zorra  
Y un Raton, que son tres;  
Una Ardilla, una Liebre  
Y un Mono, que son seis.  
Este á todos vendaba  
Los ojos, como que es  
El que mejor se sabe  
De las manos valer.  
Oyó un Topo la bulla,  
Y dijo: Pues, pardiez.  
Que voy allá, y en rueda  
Me he de meter tambien.  
Pidió que le admitiesen;  
Y el Mono, muy cortés,  
Se lo otorgó (sin duda  
Para hacer burla de él.)  
El Topo á cada paso

Daba veinte traspíes,  
Porque tiene los ojos  
Cubiertos de una piel;  
Y á la primera vuelta,  
Como era de creer,  
Facilísimamente  
Pillan á su merced.  
De ser gallina ciega  
Le tocaba la vez;  
Y ¿quién mejor podía  
Hacer este papel?  
Pero él, con disimulo,  
Por el bien parecer,  
Dijo al Mono: ¿Qué hacemos?  
Vaya! ¿me venda usted?  
Si el que es ciego, y lo sabe,  
Aparenta que ve,  
¿Quién sabe que es idiota,  
Confesará que lo es?

LX.

(En cuartetos endecasílabos.)

EL VOLATIN Y SU MAESTRO.

Mientras de un Volatin bastante diestro  
Un principiante mozaibillo toma  
Lecciones de bailar en la maroma,  
Le dice: Vea usted, señor Maestro,  
Cuánto me estorlia y cansa este gran palo  
Que llamamos chorizo, ó contrapeso!  
Cargar con un garrote largo y grueso  
Es lo que en nuestro oficio hallo yo malo.  
¿Á qué fin quiere usted que me sujete,  
Si no me faltan fuerzas, ni soltura?  
Por ejemplo, ¿este paso, esta postura,  
No la haré yo mejor sin el zoquete?  
Tenga usted cuenta... No es difícil... nada...  
Así decía, y suelta el contrapeso.  
El equilibrio pierde... ¿Ay Dios! ¿Qué es eso?  
¿Qué ha de ser? Una buena costalada.  
¿Lo que es auxilio juzgas embarazo,  
Incauto joven! (el Maestro dijo):  
¿Huyes del arte y método? ¿Pues, hijo,  
No ha de ser este el último porrazo!



## LXI.

*(En versos de diez sílabas y de seis, alternados, con dos asonantes.)*

## EL SAPO Y EL MOCHUELO.

Escondido en el tronco de un árbol  
 Estaba un Mochuelo;  
 Y pasando no lejos un Sapo,  
 Le vió medio cuerpo.

¡ Ah de arriba, señor solitario!  
 Dijo el tal escuerzo:  
 Saque usted la cabeza, y veamos  
 Si es bonito ó feo.

No presumo de mozo gallardo,  
 Respondió el de adentro;  
 Y aún por eso á salir á lo claro  
 Apenas me atrevo;

Pero usted, que de día su garbo  
 Nos viene luciendo,  
 ¿ No estuviera mejor agachado  
 En otro agujero?

¡ Oh qué pocos autores tomamos  
 Este buen consejo!  
 Siempre damos á luz, aunque malo,  
 Cuanto componemos;

Y tal vez fuera bien sepultarlo:  
 Pero ¡ ay, compañeros!  
 Más queremos ser públicos Sapos  
 Que ocultos Mochuelos.

## LXII.

*(Sonetillo con estrambote.)*

## EL BURRO DEL ACEITERO.

En cierta ocasion un cuer,  
 Lleno de aceite llevaba  
 Un Borrico, que ayudaba  
 En su oficio á un Aceitero.  
 Á paso un poco ligero  
 De noche en su cuadra entraba.  
 Y de una puerta en la aldaba  
 Se dió el porrazo mas fiero.

Ay! clamó: ¿ No es cosa dura  
 Que tanto aceite acarree,  
 Y tenga la cuadra obscura?

Me temo que se mosquee  
 De este cuento quien procura  
 Juntar libros que no lee.

¿ Se mosquea? Bien está;  
 Pero este tal ¿ por ventura  
 Mis fábulas leerá?

## LXIII.

*(En pareados de siete sílabas.)*

## LA CONTIENDA DE LOS MOSQUITOS.

Diabólica refriega,  
 Dentro de una bodega,  
 Se trabó entre infinitos  
 Bebedores Mosquitos.  
 ( Pero extraño una cosa;  
 Que el buen Villaviciosa  
 No hiciese en su *Mosquea*  
 Mencion de esta pelea.)

Era el caso que muchos,  
 Expertos y machuchos,  
 Con teson defendian  
 Que ya no se cogian  
 Aquellos vinos puros,  
 Generosos, maduros,  
 Gustosos y fragantes,  
 Que se cogian antes.

En sentir de otros varios,  
 A esta opinion contrarios,  
 Los vinos excelentes  
 Eran los mas recientes,  
 Y del opuesto bando  
 Se burlaban, culpando  
 Tales ponderaciones  
 Como declamaciones  
 De apasionados jueces,  
 Amigos de vejeces.

Al agudo zumbido  
 De uno y otro partido  
 Se hundia la bodega,  
 Cuando héteme que llega

Un anciano Mosquito,  
 Catador muy perito;  
 Y dice, echando un taco:  
 Por vida de Dios Baco...!  
 (Entre ellos ya se sabe  
 Que es juramento grave):  
 Donde yo estoy, ninguno  
 Dará mas oportuno  
 Ni mas fundado voto.  
 Cese ya el alboroto.  
 ¿No ven que soy Navarro?  
 ¿Que en tonel, bota, ó jarro,  
 Barril, tinaja, ó cuba,  
 El jugo de la uva  
 Dificilmente evita  
 Mi cumplida visita?  
 ¿Que en esto de catarle,  
 Distinguirle y juzgarle,  
 Puedo poner escuela  
 De Jerez á Tudela,  
 De Málaga á Peralta,  
 De Canarias á Malta,  
 De Oporto á Valdepeñas?  
 Sabed, por estas señas,  
 Que es un gran desatino  
 Pensar que todo vino,  
 Que desde su cosecha  
 Cuenta larga la fecha,  
 Fue siempre aventajado.  
 Con el tiempo ha ganado  
 En bondad, no lo niego;  
 Pero si él desde luego  
 Mal vino hubiera sido,  
 Ya se hubiera torcido;  
 Y al fin tambien habia,  
 Lo mismo que en el dia,  
 En los siglos pasados  
 Vinos avinagrados.  
 Al contrario, yo pruebo  
 Á veces vino nuevo,  
 Que apostarlas pudiera  
 Al mejor de otra era.  
 Y si muchos agostos  
 Pasan por ciertos mostos  
 De los que hoy se reprueban  
 Puede ser que los beban

Por vinos exquisitos  
 Los futuros mosquitos.  
 Basta ya de pendencia;  
 Y por final sentencia  
 El mal vino condeno;  
 Lo chupo cuando es bueno,  
 Y jamás averiguo  
 Si es moderno ú antiguo.  
 Mil doctos importunos,  
 Por lo antiguo los unos,  
 Otros por lo moderno,  
 Sigán litigio eterno.  
 Mi texto favorito  
 Será siempre el Mosquito.

LXIV.

(En sextinas ó sextas rimas.)

LA RANA Y LA GALLINA.

Desde su charco una parlera Rana  
 Oyó cacarear á una Gallina.  
 Vaya (le dijo), no creyera, hermaña,  
 Que fueras tan incómoda vecina.  
 Y con toda esa bulla, ¿qué hay de nuevo?  
 —Nada, sino anunciar que pongo un huevo.  
 —¿Un huevo solo?; Y alborotas tanto!  
 —Un huevo solo; sí, señora mia.  
 ¿Te espantas de eso, cuando no me espanto  
 De oírte cómo graznas noche y dia?  
 Yo, porque sirvo de algo, lo publico;  
 Tú, que de nada sirves, calla el pico.

LXV.

(En tercetos.)

EL ESCARABAJO.

Tengo para una fábula un asunto,  
 Que pudiera muy bien... pero algun día  
 Suele no estar la musa muy en punto:  
 Esto es lo que hoy me pasa con la mia;  
 Y regalo el asunto á quien tuviere  
 Mas despierta que yo la fantasía:

Porque esto de hacer fábulas, requiere  
Que se oculte en los versos el trabajo,  
Lo cual no sale siempre que uno quiere.

Será pues un pequeño Escarabajo  
El héroe de la fábula dichosa,  
Porque conviene un héroe vil y bajo.  
De este insecto refieren una cosa;  
Que, comiendo cualquiera porquería,  
Nunca pica las hojas de la rosa.

Aquí el autor con toda su energía  
Irá explicando, como Dios le ayude,  
Aquella extraordinaria antipatía.

La mollera es preciso que le sude  
Para endilgar después una sentencia  
Con que entendamos á lo que esto alude;

Y según le dictare su prudencia,  
Echará circunloquios y primores,  
Con tal que diga en la final sentencia:

Que así como la reina de las flores  
Al sucio escarabajo desagrada,  
Así también á góticos doctores  
Toda invencion amena y delicada.

#### LXVI.

(En endecasílabos con quebrados de seis sílabas.)

##### EL RICOTE ERUDITO.

Hubo un rico en Madrid (y aún dicen que  
Mas necio que rico),  
Cuya casa magnífica adornaban  
Muebles exquisitos.

¡Lástima que en vivienda tan preciosa  
(Le dijo un amigo)  
Falte una librería! bello adorno,  
Útil y preciso.

Cierto, responde el otro. ¡Que esa idea  
No me haya ocurrido!...

Á tiempo estamos. El salón del norte  
Á este fin destino.

Que venga el ebanista, y haga estantes  
Capaces, pulidos,  
Á toda costa. Luego trataremos  
De comprar libros.

Ya tenemos estantes. Pues ahora,  
El buen hombre dijo:  
¡Echarme yo á buscar doce mil tomos!  
¡No es mal ejercicio!

Perderé la chabeta, saldrán caros,  
Y es obra de un siglo...  
Pero ¿no era mejor ponerlos todos  
De cartón fingidos?

Ya se ve. ¿Por qué no? Para estos casos  
Tengo un pintorcillo  
Que escriba buenos rótulos, é imite  
Pasta y pergamino.

Manos á la labor. Libros curiosos,  
Modernos y antiguos,  
Mandó pintar, y, á más de los impresos,  
Varios manuscritos.

El bendito Señor repasó tanto  
Sus tomos postizos,  
Que, aprendiendo los rótulos de muchos,  
Se creyó erudito.

Pues ¿qué más quieren los que sólo estudian  
Títulos de libros,  
Si con fingirlos de cartón pintado  
Les sirven lo mismo?

#### LXVII.

(En serventesios, ó cuartetos endecasílabos con los  
consonantes alternados.)

##### LA VÍBORA Y LA SANGUIJUELA.

Aunque las dos picamos (dijo un día  
La Víbora á la simple Sanguijuela),  
De tu boca reparo que se fia  
El hombre, y de la mía se recela.

La chucona responde: Ya, querida;  
Mas no picamos de la misma suerte:  
Yo, si pico á un enfermo, le doy vida;  
Tú, picando al mas sano, le das muerte.

Vaya ahora de paso una advertencia:  
Muchos censuran, sí, lector benigno;  
Pero á fe que hay bastante diferencia  
De un censor útil á un censor maligno.